

LOS DEMONIOS DEL PASADO 2

CARLOS ORTIZ FAUSTO

Image not found.

Capítulo 1

LOS DEMONIOS DEL PASADO

La tarde estival ralentizó hasta la inmovilidad y el silencio a la familia. Beatriz y la niña se refugiaron en la recámara para mitigar el calor con el viejo ventilador. Alberto, en el corredor, apuró el resto de habanero que quedaba en el vaso y volvió a escanciar de la botella una generosa porción, prendió un cigarro y aspiró profundamente...

Los efectos del licor y la sensación placentera del humo en los pulmones, mitigaron los sentimientos de zozobra y temor que le acosaban. Los rostros de dos desconocidos que había visto en la cantina le habían despertado viejos miedos regresándolo cinco años atrás. Esa etapa de su vida que quisiera nunca haber vivido. Creyó había apagado el infierno personal y expulsado los demonios que lo impulsaron a sumergirse en ese frenesí de sangre y violencia, en el que había vivido siendo parte del cártel. Una sensación de asco y rabia le llegó como oleada, dio un largo trago al licor y trató de pensar en otra cosa. Un leve chasquido lo regresó al momento. Instintivamente volteó hacia la recámara, un mal presentimiento cruzó por su mente, de dos saltos entró a la cocina y sacó detrás del fregadero una pistola.

No se había equivocado, eran ellos. Un sudor frío recorrió su cuerpo, los pensamientos se atropellaban: los sicarios... su hija... Beatriz... La angustia empezó a dominarle, en un instante imaginó todo: el dolor... la culpa... la tortura... Un miedo terrible le penetró hasta los huesos. El temple demostrado para enfrentar la muerte en tantas ocasiones, parecía nada ante la sola idea de la pérdida y el sufrimiento de lo que más amaba en la vida.

Pensó entregarse y pedir las dejaran. Sabía que eso no pasaría. Con sigilo, llegó a la puerta de la recámara, se ocultó en el quicio ayudado por la penumbra. Dos sombras se deslizaron hacia el fondo de la casa, ansioso veía la posible llegada de otros. Eran ellos, se deslizó hasta el borde y apostado esperó...

El instante, parecía nunca terminaría, por su mente desfilaron los más atroces recuerdos, escenas dantescas donde lo humano no existía; verdaderas bestias en festines de sangre y degradación. Sabía que sus pecados eran terribles, no tenía perdón, pero ellas... ellas no... Apareció uno y husmeó en la cocina, ¿Dónde estaba el otro? Se dirigió a la recámara... no podía esperar más, dos certeros disparos y cayó. Escuchó tres detonaciones, sintió una sensación quemante en el abdomen, instintivamente disparó en la dirección de las descargas; un leve quejido y un cuerpo se derrumbó. Penosamente llegó hasta donde estaba. Un rostro con una mueca extraña de dolor y burla con voz entrecortada alcanzo a

balbucear:

-Hala pariente, pero ya vienen por ti...

Después permaneció quieto. En ese momento, Alberto sintió un dolor punzante y se dobló hasta quedar sentado. Trataba inútilmente de contener la sangre que manaba del abdomen. Una sensación gélida le invadió como un aura macabra anunciando el final. Inmóvil, con la mirada fija veía a Beatriz y a su hija aproximarse. Un grito salido del alma quedaba contenido en su garganta. Repetía una y otra vez: *¡vete, vete!* Ella, llorosa, contemplaba la escena abrazando a la niña. Se oyó el ruido de carros que paraban afuera. Entonces sintió miedo, mucho miedo...